

blanca

blanca

Lección magistral
y
Acto de Investidura
como Académico de Honor
del Excmo. Sr. D. Mario Vargas Llosa

Edición de
Los Académicos de la Argamasilla

Colabora con la impresión
DIPUTACIÓN DE CIUDAD REAL

Imprime:
Imprenta Provincial, Ciudad Real

Depósito legal: CR-000-2011

**Lección magistral
y
Acto de Investidura
como Académico de Honor
del Excmo. Sr. D. Mario Vargas Llosa**

LOS ACADÉMICOS DE LA ARMASILLA

2010

Blanca

PRESENTACIÓN

Ernesto Martínez Ataz

Rector de la Universidad de Castilla La Mancha

La Universidad de Castilla La Mancha cumple hoy con su vocación cervantina por excelencia y ofrece sobre las manos del desprevenido lector las prolongaciones de la última aventura de nuestro caballero inmortal: los lances que sobrecogieron, detuvieron, impulsaron y, finalmente, rubricaron la escritura de un peruano universal, hijo de la “ciudad blanca” de Arequipa —así conocida por su filiación española y el color del sillar de sus edificios— y heredero de las fiebres y calenturas que le hicieron llevar de la imaginación al libro el secreto de la ficción.

Con los dos galardones más importantes de las Letras Españolas sobre sus puños —el Premio Príncipe de Asturias de las Letras y el Premio Cer-

vantes—, Mario Vargas Llosa ingresó en la Academia de Argamasilla el 18 de octubre del año 2005, jurando con solemnidad “levantarse una y otra vez de cuantas ocasiones fuere derribado de su volador Clavileño”. Y si recuerdo intencionadamente el día de esta investidura no es únicamente por afán historicista sino para evocar un hecho que, a pesar de su trascendencia, quizá pasara desapercibido a muchos: la mañana de ese mismo día, un 18 de octubre pero del lejano año de 1539, llegó de la mano del impresor sevillano de origen alemán Juan Cromberger la primera imprenta del continente americano, iniciándose así, desde Nueva España y el Perú, ese otro largo vuelo que alcanzaría cuatro siglos después a las primeras satisfacciones que Mario Vargas Llosas regalará a sus lectores: su primer libro de relatos, *Los Jefes*, en 1959, y *La Ciudad y los Perros*, en 1963.

Este libro acoge, pues, el memorial de una celebración que se acomoda al gusto cervantino por el teatro: la representación de un juramento, la de-

manda caballeresca de fidelidad a la imaginación, la fantasía y el poder humano —acaso nuestro único poder— de vivir, a través de la narración, una realidad distinta y muy lejana de aquella en la que habitualmente nos hallamos.

En realidad Vargas Llosa ya había dado muestras inequívocas de su vasallaje cervantino, especialmente en su discurso de ingreso a la Real Academia Española de la Lengua, donde remedaba “Las discretas ficciones de Azorín” y, especialmente, su *Ruta de don Quijote*, obra cuyas imágenes nuestra Universidad ha recuperado recientemente en una edición que trata de ofrecernos esa Mancha de principios de siglo, vecina antes próxima por su pobreza y baldío a nuestro Siglo de Oro que al industrializado siglo XX. Si entonces el escritor de Monóvar ofrecía a los lectores del *Imparcial* entre el 4 y 25 de marzo de 1905 la estampa peculiar de los académicos de Argamasilla de los cuales confesaba a su hermano Amancio que de aquella ilustrada tertulia local habida en la rebotica del li-

cenciado Carlos Gómez había “materia para un libro”, y no dejaba de elogiar cordialmente en sus escritos “a todos estos señores tan diversos, tan afables, tan nobles”, Vargas Llosa hacía suyas un siglo después en dicho discurso estas palabras de puro afecto argamasillesco. Y efectivamente: hoy confirmamos que hay materia, no sólo para un libro como este, sino para otros muchos, y que, ahora entre ellos, sus académicos, ancianos y neófitos, no dejan de ser tan diversos como afables y nobles. Y es que a Mario Vargas Llosa Cervantes le viene desde muy lejos. De su Perú natal nos ha llegado la noticia de cómo en torno a los meses de octubre a noviembre de 1607 se celebraron en la corte de Paussa fiestas por el nombramiento del Marqués de Montesclaros como Virrey. La anécdota es referida por el ilustre cervantista don Francisco Rodríguez Marín —de quien pocos saben que durante la Guerra Civil española tuvo que refugiarse octogenario, pero lúcido, en el pueblo ciudarrealño de Piedrabuena— y hasta nosotros ha llegado por

la publicación en varios lugares de su conferencia *Don Quijote en América*, leída en el Centro de Cultura Hispanoamericana de Madrid en 1911. Según esta sabrosa *Relación* inició la máscara el Caballero de la Ardiente Espada, vestido con un rico traje negro y oro, con gorra de mucha plumería y silla bordada en perlas sobre el caballo bayo. Desfilaron después, el fuerte Bradaleón; el dios Baco; el Carro de los Aventureros, con el Tahúr, la Pobreza, la Ira, el Enojo, el Engaño, el Perulero, la Blasfemia, el Demonio, la codicia y el Interés; el Caballero Antártico, vestido de Inca y seguido por indias que le acompañaban con cantos y con danzas; el Caballero de la Selva; el Caballero Venturoso; el Dudado Furibundo. Y superando a todos, por la atracción y la apostura, el ingenioso hidalgo don Quijote:

“A esta hora asomó por la plaza el cauallero de la triste figura Don Quijote de la Mancha, tan al natural y propio de cómo le pintan en su libro que dio grandissimo gusto de verle, venía cauallero en un cauallo flaco y muy parecido a su rrozinante,

con unas calzitas del año de uno y una cota muy mohosa, morrion con mucha plumería de gallos, cuello del dozabo y la máscara muy al propósito de lo que rrepresentaba. Acompañábanle el cura y el barbero, con los trajes propios de escudero e ynfanta Micomicona que su Corónica quenta, y su leal escudero Sancho Panza, graciosamente vestido, cauallero en su asno albardado y con sus alforjas bien proveydas y el yelmo de Mambrino, lleváaule la lanssa [...], y presentándose en la tela con extraña risa de los que miraban dio su letra que decía:

*Soy el audaz don Quixot-
y manguer que desgracia-
fuerte es bravo y arisca-.*

También se nos cuenta como Sancho, para acrecentar el regocijo, “echó unas coplas de primor que por tocar en berdes no se rrefieren”. El premio por la invención más ingeniosa lo obtuvo el Caballero de la Triste Figura”, por la propiedad

en presentarse “y la riza que en todos causó berle”, caballero que caracoleando su caballo se retiró entre los aplausos de seguro redoblados del público no sin antes dar a Sancho Panza —para que las llevara a su vez a Dulcinea— las cuatro varas de raso morado que le tocaron como premio.

Este testimonio procedente del Perú constituye uno de los primeros de la difusión de la obra cervantina en el nuevo mundo. No debe extrañarnos pues que el hilo de los lances quijotescos se prolongue hasta obras más recientes y de mayor éxito como *Los cuadernos de Don Rigoberto*, quizá el texto más cervantino del propio Vargas Llosa donde los personajes recuerdan desde sus nombres a las invenciones del alcaíno: don Quijote y don Rigoberto, Dulcinea y Lucrecia, Sancho y Foncho protagonizan un espacio donde las novelas de caballerías han sido reemplazadas por la literatura y la pintura moderna. El contraste entre la anodina vida diaria de Rigoberto, ejecutivo de una compañía de seguros, y el riquísimo mundo de su

fantasía nos remite al antecedente literario del ruinoso hidalgo don Alonso Quijano. Los cuadernos y anotaciones del protagonista —comentarios a libros y pinturas, reflexiones y teorías personales sobre los más variados temas, relatos de sus fantasías eróticas, etc.— no son sino el trasunto de los pensamientos de un nuevo Quijote del s. XX para quien el amor sigue siendo el elemento central y la mujer debe ser trasladada al universo ficticio para ser amada.

La Universidad de Castilla La Mancha acoge, pues, y da su más calurosa bienvenida a Mario Vargas Llosa, nuevo académico de Argamasilla y cervantino cabal, quien sin duda sabrá, desde el amplio horizonte de sus mundos imaginados, hacer valer su juramento, “escuchar sin sobresaltos el ladrar de cuantos perros le salgan al camino” y “cumplir fielmente y sin desmayo las leyes de la caballería”.

PROGRAMA

Primera parte; 19:30 horas

Apertura del Acto
por **D. Rodolfo Mateos Martínez**,
Presidente de “Los Académicos”

Intervención
de **D^a Pilar Serrano de Menchén**,
Secretaria de “Los Académicos”

Lección magistral
Excmo. Sr. D. Mario Vargas Llosa:
“Los cuatro siglos del Quijote”

Segunda parte

Acto de investidura
del **Excmo. Sr. D. Mario Vargas Llosa**
como Académico de Honor de la
A.C. “Los Académicos de la Argamasilla”

Palabras
del **Ilmo. Sr. D. José Díaz-Pintado Hilario**,
Alcalde del Ayuntamiento de Argamasilla de Alba

Cierre del Acto:
Excmo. Sr. D. José María Barreda Fontes,
Presidente de Castilla-La Mancha

blanca

I PARTE

LECCIÓN MAGISTRAL

EXCMº. SR. D. MARIO VARGAS LLOSA,

ACADÉMICO DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA DE LA LENGUA

blanca

APERTURA DEL ACTO: Palabras de saludo y bienvenida

D. Rodolfo Mateos Martínez
Presidente de “Los Académicos de la Argamasilla”

Excelentísimas autoridades, amigos y amigas, en nombre de la Asociación “Académicos de la Argamasilla” os doy a todos la bienvenida.

Esta tarde vamos a celebrar un acto —especial y extraordinario—, dentro de las actividades programadas para conmemorar, el ya histórico IV Centenario del Quijote y I Centenario de la visita de Azorín a este discutido pero indiscutible “LUGAR” de la Mancha.

Hace cien años, uno de más ilustres escritores y maestro en el difícil arte de la creación literaria, recibía el encargo del director del periódico “*El Imparcial*”: D. José Ortega Munilla, de desplazarse a la Mancha para hacer una crónica de su recorrido

por la conocida Ruta del Quijote, recomendándole al cronista que, en primer lugar, se dirigiese al “Lugar” de don Quijote, es decir, a Argamasilla de Alba.

Obediente a este mandato, Azorín, más bien con pocas ganas, sin saber en aquel momento que este viaje sería el germen de *“uno de los más hechiceros libros que ha leído”* nuestro invitado de hoy, su conocida *“Ruta de Don Quijote”*, magníficamente reeditada por la Junta de Comunidades de Castilla la Mancha y la Universidad Castellano Manchega para conmemorar el I Centenario de su publicación, emprendió la marcha.

En aquella visita a Argamasilla de Alba, Azorín conoció nuestra historia, nuestra psicología, el ambiente y las siluetas de Argamasilla y, sobre todo, a unos hombres a los que él llamó: *“Los Académicos de la Argamasilla”*, los cuales se reunían en la rebotica de la Farmacia del Licenciado D. Carlos Gómez; hoy remozada para que al visitarla podamos recordarlos con emoción. En sus reuniones tuvo ocasión de conocer *“lo profundo de*

una tradición que, sin necesidad de documentos, hace historia”.

Cuántas veces nos hemos preguntado los actuales miembros de la Academia argamasillesca cómo serían aquellas tertulias, las cosas que se comentarían de la vida cotidiana de la época; cómo sería la vida en la casa de la Xantipa; las conversaciones de ésta, de Gabriel, Mercedes, y Juana Maria con el maestro Azorín, sentados delante del fuego de la chimenea de la cocina, donde *“crepitan los sarmientos y las llamas se agitan y bailan en silencio”*. Las conversaciones en el Casino; o con Martín, al que presentaron al maestro diciendo: *“éste señor es de los que pone las cosas en leyenda”*; con D. Rafael, ese hidalgo echado un poco a perder... Siempre nos quedará la fuerza de nuestra imaginación para gozar con esos pensamientos.

Aquellos tuvieron la suerte de compartir el III Centenario de la publicación del Quijote con tan señalado visitante, y hoy, nosotros también somos unos privilegiados por vivir y participar en este

IV Centenario, y además muy afortunados, porque hemos recibido la visita de D. Mario Vargas Llosa.

Cuando el 16 de Enero de 1996 tuvimos la ocasión de leer su discurso de Ingreso en la Real Academia de la Lengua, nos encantó su contenido y le agradecemos profundamente su recuerdo de Argamasilla de Alba, a través del maestro Azorin.

Inmediatamente, nuestra Secretaria le envió una carta de felicitación y gratitud, la cual tuvo como respuesta una copia dedicada de aquel magnifico discurso. A partir de ahí comenzó para nosotros *“La tentación de lo imposible”*, nombrarle “Académico de Honor” de nuestra entrecomillada academia.

Hoy lo imposible ha sido posible; generosamente, D. Mario Vargas Llosa hace un hueco en su apretada agenda, nos visita y accede a tal nombramiento.

Cien años después la historia se repite, un maestro de las letras, llevado por su admiración

a otro maestro y su espíritu quijotesco, comparte unas horas con nosotros.

La Argamasilla que encuentra es diferente, sus calles ya no muestran esa quietud de antaño, ahora sí hay ajetreo y bulla; las horas ya no se hacen eternas, sino que muchas veces faltan horas y la noche no comienza con sus silencios profundos.

También, al igual que Azorin, ha visitado *“las antigüedades de Argamasilla”*, y cómo no, se ha reunido de nuevo con *“los académicos”*, que también son diferentes. Tan solo habrá notado una similitud, que seguimos con lo nuestro, con lo mismo que D. Cándido, aquel clérigo tan limpio y tan afable, que con toda su energía le dijo a Azorin: *“... digo que don Quijote era de aquí; don Quijote era el propio don Rodrigo de Pacheco, el que esta retratado en nuestra iglesia y no podrá nadie, nadie, por mucha que sea su ciencia, destruir esta tradición en que todos han creído y que se ha mantenido siempre tan fuerte y tan constante...”*

Nosotros, para recuerdo de generaciones venideras, hemos querido que la visita de D. Mario Vargas Llosa quede escrita en mármoles, en esa placa descubierta junto a otra que recuerda la visita de Azorín. Ahora le invito a usted, “Caballero de la Lengua y de la Pluma”, a hacer la crónica de esta visita.

Estoy seguro que el maestro, desde esa otra dimensión donde se encuentra, igual que se sintió orgulloso de su entrada en la ACADEMIA, con mayúsculas, se sentirá feliz de su ingreso en esta humilde y entrecomillada “academia de la Argamasilla”, y de que a partir de ahora sea conocido por nosotros como una de las figuras literarias más importantes en el panorama literario universal.

Gracias por su visita, nos ha hecho muy felices.

Ahora ruego a la señora Secretaria tenga a bien dar a la voz la brillante biografía del Excm^o. Sr. D. Mario Vargas Llosa.

INTERVENCIÓN DE

D^a Pilar Serrano de Menchén
Secretaria de la Asociación

Excelentísimo Sr. D. Mario Vargas Llosa, Excm^o. Sr. D. José María Barreda Fontes, Ilm^o. Sr. D. José Díaz-Pintado Hilario, Ilm^o. Sr. D. Rodolfo Mateos Martínez, excelentísimas e ilustrísimas autoridades, cortés y discreta audiencia.

Han de saber sus gracias, que al caso, ahora interin, narraré a la letra lo que sigue:

VERDADERA Y VERÍDICA HISTORIA DE UN CABA-
LLERO ANDANTE,

CAPÍTULO PRIMERO,

QUE TRATA DE LA CONDICIÓN Y EJERCICIO DEL
FAMOSO HIDALGO

DON JORGE MARIO PEDRO VARGAS Y LLOSA

CABALLERO DE LAS AMÉRICAS, DE LA HISPANIA Y DEL PERÚ

En el Lugar de la Mancha, llamado Argamassilla de Alba, de cuyo nombre sí quiero acordarme, cuando el otoño pintaba la luz de oriámbares y dorados resplandores, y caía una deseada lluvia, ocurrió la suerte de llegar a esta un hidalgo de los de palabra lírica, prosa mágica y hermosa, verbo libre, fascinante y provocador; y fantasía que pudiera decirse era galgo corredor por las muchas leguas que era capaz de recorrer a la caza de lo más sabroso e inverosímil. Una buenomía a la usanza y manera de atesorar en su humanidad lo mejor como persona, más lo cercano y coloquial, hacía la cuadratura del círculo de tal Caballero. Ansimesmo, una olla de cercanía y amistad, de amable y abierta hospitalidad para el que llegaba, y contentado ánimo para la sobremesa, componían las tres cuartas partes de su hacienda. El resto de ella se concluía, con soñador espíritu, rótulos de virtud

en sus maneras, ética manifiesta, y los días de entre semana se honraba con su inagotable espíritu de escritor, el cual siempre tenía dispuesto, no sólo para narrar sabrosos, amenos y extraordinarios cuentos, sino para desfacer entuertos y derrotar gigantes, allende o acá de los mares océanos en un amén.

Frisaba la edad de dicho hidalgo en los años próximos a la segunda juventud, a ese tiempo donde la sabiduría sopla el corazón y la dulzura lo hace vuelo por los aires que aún por descubrir le quedaban. Era de complexión recia, no muy seco de carnes, agraciado de rostro, gran madrugador y amigo de sus amigos. Quieren decir que tenía el sobrenombre de Caballero del Perú, aún de Arequipa, Cochabamba, Piura, Lima, Bolivia, o, de los Andes; que en esto hay alguna diferencia de los autores que en este caso escriben; aunque por conjeturas verosímiles, créese, era conocido y le llamaban por el sobrenombre del Caballero de las Américas, y lo titulaban don Jorge Mario Pedro Vargas y Llo-

sa. Pero esto importa poco a nuestro cuento: basta que la narración de él no se aparte punto de la verdad del caso.

Es, pues, de saber, que este sobredicho hidalgo, los ratos que no estaba ocioso, que eran los más del año, se daba en escribir libros, ensayos, cuentos y teatro, con tanta afición y gusto que se enfrascó en ellos, y llegó a cabo y al punto su maestría y atino en esto, que sumó una cincuentena de historias del principio a fin, y las dio al vulgo en letras de molde; y además, viajó de acá para allá, de acullá a otras partes del mundo, y aún a las estrellas que lo dejaran, con su idealismo y ética bien sujeto en la adarga de su palabra mítica y mágica, para regalarla o narrarla a los que quisieran leerlo u oírlo; y para colmo, por su bien dispuesta disposición, llenó su casa con tales libros y otros de su predilección; y de todos los que guardaba, ningunos le parecían también como los que a menudo maquinaba, y se ocupaba de maquinar, tal que serían o fueran la gloria de leer.

Pero si le nombraban algunos, ponderaba, los de los clásicos o Siglo de Oro, y otros que él había escrito con no pocas vigiliass, cuyas clarividentes y magníficas acciones le parecían de perlas, y más, porque los dichos libros le habían hecho, al igual que otros que él sabía, adalid de la escritura y Caballero de la Palabra.

Y sucedió que el tal Hidalgo, aunque él mismo decía: *quería salir de la realidad para vivir la fantasía* era muy al contrario su sentir, pues vivía la fantasía como realidad. Y cuando más se estimaba era cuando peleaba con el gigante o malandrín de un folio en blanco y lo derrotaba abiertamente, llevando de prosa: viva, menuda, lírica y llana, cada cuadrícula o rincón por pequeño o nimio que fuese. Y así, certeramente, se hacía merecedor de los merecimientos que merecía su lenguaje, hidalguía y prosapia; pues alcanzaba, eso que él mismo decía en la usanza de que todo escritor debe proporcionar a sus lectores: *que lo divierta y lo maree, que lo excite y lo intrigue, que le haga pasar gato por lie-*

bre y, durante unas horas, lo arranque de la mediocridad del mundo real y lo traslade a las exaltantes comarcas de la ilusión.

En resolución, se enfrascó tanto en la lectura, y en escribir y rescribir discursos y libros, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro y los días de turbio en turbio; y así del poco dormir y del mucho leer se le mudó el cerebro de manera que vino a libertar el juicio.

Con eso, y con el pensamiento de que *el hombre puede romper los límites de su condición y alcanzar la inmortalidad*, alcanzaba a ser tal en ingenio que un escritor amigo suyo, apellidado Cervantes, pues en concomitancia con el titulado también Manco de Lepanto, en parejo a su fantasía y bien hacer, le habían concedido la gloria de llevar adosado a su escudo, no sólo ese apellido, sino el premio de ser conocido y reconocido como el Cervantes de las Américas y aún del mundo; un escribidor que, igual que don Quijote, tenía en las ficciones sus aficiones y así las hacía realidad inte-

rin; o eso creían los que a él acudían para solazarse con la lectura de sus libros, amparándose en esa prosa llena de resortes y resultados brillantes, en esas fantasías o quimeras, que, a los que lo leían, les hacían fantasear o hacer realidad sus fantasías; que todo podía ser.

Y sólo por tener el ánimo y el ánimo ocupado en dar a la luz sus pasatiempos de escritor, y por los mundos que había retratado en ese vademécum de libros, lo habían condecorado también con el galardón Príncipe de Asturias de las Letras, la Legión de Honor, y la Condecoración de Oficial en la Orden de las Artes y las Letras, otorgada por el Gobierno Francés, y la Medalla de Honor del Congreso de su País, más la que se decía Orden del Sol de Perú, con el grado de Gran Cruz de Diamantes, que era la más alta distinción que otorgaba el estado de la nación que lo vio nacer; más otro gran número de altísimas distinciones.

En el entretanto, o entremedias, lo habían nombrado más de una treintena de veces Doctor

Honoris Causa de las Universidades más prestigiosas del mundo y, ansimesmo, le habían otorgado premios valiosísimos en numerosos países, los cuales Cide Hamete Benengeli no anota esmeradamente a la letra, a pesar de ser puntualísimo biógrafo de esta verdadera historia, para que se diga con propiedad aquello: de tal el tiempo tal el tiento y quien las sabe las tañe; y porque andan al vulgo en el internet de las idas y venidas de los encantadores y mágicos, preciosamente compuestas, para gloria de los orbes culturales y literarios todos.

También dicese, que en concomitancia con don Quijote, antaño, dicho Caballero, tuvo que pelear con su bien dispuesta condición de desfacedor de entuertos; ya que cuando era estudiante de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, lugar donde estudiaba Letras y Derecho, llegó a desempeñar hasta siete trabajos diferentes; y además de redactar noticias en Radio Central (hoy Radio Panamericana) fichaba libros, y en sus ratos libres, para pasmo de los pusilánimes, revisaba los

nombres de las tumbas de un cementerio. Oficios que, sin embargo, no apocaron su ánimo, sino que fortalecieron su espíritu de hombre de pro e hidalgo animoso y luchador. De tal modo que, en el fututo, no temió ni a las aventuras de encrucijadas ni a los encantadores, tal que Frestones, Arcalaus Pintiquinestras, Lingardeos, Alfiques, Urgandas y demás trasgos de ultratumba.

Así, libertado ya su juicio, también vino a dar en el más extraño pensamiento que jamás dio caballero e hidalgo en el mundo, que fue hacerse Caballero andante e irse por donde transitan los desfavorecidos con su palabra llana y sin rodeos a buscar las aventuras y a ejercitarse en todo aquello que él sabía debía y podía defender, y los caballeros andantes ejercitan o ejercitaban, como era todo género de desigualdades y falta de libertades, y poniéndose en ocasiones en peligros, donde, acabándolas, cobrase eterno nombre y fama.

Limpias, pues, sus armas, hecho el pensamiento celada de su corazón, puesto nombre a su

rocín y confirmándose a sí mismo, cumplió tan acertadamente con sus deseos e ilusiones, que empezaron a lloversele esas cientos de distinciones y condecoraciones antes apuntadas, más otras en las cuales se ponía la generosidad, los sentimientos y el corazón en el punto y hora de los ideales, tal que era, la de ser Académico de Honor de los Académicos inventados por Cervantes, los cuales otrora andaban a las duras y a las maduras de ir poniendo hitos y orosoles a los siglos de su linaje, añadiendo a su Patria el nombre de dicho Caballero de las Américas de la Hispania y del Perú, para que las futuras generaciones de Académicos argamasillescos sintieran el íntimo orgullo de ser y pertenecer a tan ilustre como importante institución.

Y también dice su verdadera historia, que con estos y otros entretenimientos, proseguía y prosigue sus aventuras. Y lo hace, con la sonrisa presta y el ánimo esperanzado en los altos logros de la justicia y la equidad que los hombres deben ser y tener. Tal que los mismos Reyes y Visorreyes, Can-

cilleres, Adelantados y Condes de todo el orbe se rinden ante tan esforzado Hidalgo. Y hoy mismo, en la Argamasilla quijotesca, cervantina y azoriniana, el Caballero de las Américas, de la Hispania y del Perú, don Jorge Mario Pedro Vargas y Llosa se le estima, se le agasaja y se le celebra, no sólo por los habitantes de toda la Mancha, sino por el mismo Presidente de la Región Manchega, más otras Excelentísimas e Ilustrísimas Autoridades; y ante los Académicos de la Argamasilla, Lugar de la Mancha, que con todo el honor que les cabe en su modestísima Academia lo reciben, lo aplauden, y le rinden pleitesía. Y para que no quede punto sin puntualizar fueron los que hoc scripserun, es decir, esto escribieron.

Y ahora, plácenos, atentísima audiencia, previo permiso de quiénes presiden esta Sesión, queden vuestras gracias atentos a la Lección Magistral de nuestro distinguido invitado. Sea.

blanca

LECCIÓN MAGISTRAL

Excm^o. Sr. D. Mario Vargas Llosa
*Los cuatro siglos del Quijote*¹

A Cervantes, la vertiginosa bibliografía y el culto oficial de que es objeto, lo han, en cierta forma, petrificado, como a Homero, Dante o Shakespeare, esos autores que igual que él han pasado a ser símbolos de una lengua y una cultura, haciéndonos olvidar, a menudo, que el ícono semi-divinizado por el respeto y las venias de las generaciones fue una criatura de carne y hueso enfrentada, como las demás, a las emboscadas de un destino incierto y que su obra no resultó del milagro ni el azar, sino de la voluntad, el trabajo, la artesanía y la paciencia.

¹ Una primera versión de este texto, ahora muy ampliado y corregido, fue leída el 23 de abril de 1995, en Alcalá de Henares, con motivo de la entrega al autor del Premio Cervantes.

En ningún otro de esos creadores es tan visible ese relente de humanidad identificable por el hombre común, como en la vida azarosa que se inició en Alcalá de Henares, algún día del otoño de 1547, de Miguel, el hijo de Rodrigo Cervantes, barbero y cirujano chambón, que vivió acosado por los pleitos y huyendo de la mala suerte. Ésta fue la única herencia que legó a su hijo, al parecer: los infortunios —juicios, excomuniones, fugas, estrecheces— de una existencia que, pese al asedio de los historiadores, conserva todavía grandes zonas de sombra y, como la de Shakespeare, tenemos en buena parte que adivinar. Pero sí sabemos con certeza que la vida de Miguel de Cervantes Saavedra fue la de un ciudadano español sin títulos ni fortuna, que vivió siempre en la medianía y el apuro, aunque los dos arcabuzazos que recibió en Lepanto y la mano izquierda que le quedó anquilosada a causa de ello hayan inducido a los hagiógrafos a izarlo sobre el zócalo del héroe. No lo fue, por lo menos no en el sentido épico de la expresión,

sólo en ese otro, discreto, que es el heroísmo de las gentes anónimas, por haber resistido sin desfallecer tantos reveses y pellejerías: su condena en rebeldía por haber herido a Antonio de Sigura y su fuga a Italia; los cinco años de cautiverio en Argel y la esclavitud en manos del renegado griego Dalí Mamí; las negativas de los burócratas cuando quiso servir a la corona en las Indias; las cárceles por deudas y supuestos tráficos; la infamante chismografía sobre la inconducta de sus hermanas y su propia hija natural, Isabel, y la amargura de no alcanzar la gloria en el género príncipe, la poesía, debiendo contentarse con la plebeya narrativa, tan lejos de la cúspide intelectual y tan cerca del populacho.

La vida de Cervantes nos emociona y nos entristece pero no nos admira: era la precaria del español de a pie en esos tiempos convulsos. Lo que nos desconcierta es que de esa vida marcada por la sordidez, el sufrimiento y las frustraciones, hubiera podido surgir una aventura tan generosa

como la del Quijote, esa representación tan sana y risueña de la condición humana. Sobre ella parece haberse dicho ya todo. Y, sin embargo, vez que la releemos y comprobamos lo viva y actual que se conserva, descubrimos que siempre habrá sobre ella cosas nuevas por decir.

Toda obra genial es una evidencia y una incógnita. El Quijote, como la Odisea, la Commedia o el Hamlet, nos enriquece como seres humanos, mostrándonos que, a través de la creación artística, el hombre puede romper los límites de su condición y alcanzar una forma de inmortalidad; al mismo tiempo nos fulmina, haciéndonos conscientes de nuestra pequeñez, contrastados con el gigante que concibió esa gesta. ¿Cómo pudo Cervantes perpetrar un deicidio semejante? ¿Cómo fue posible desafiar de ese modo la creación del Creador? Escribiendo la historia del Ingenioso Hidalgo, Cervantes potenció la lengua española a unas alturas que nunca había alcanzado y puso un tope emblemático para quienes escribimos en ella; y renovó el

género novelesco, dotándolo de una complejidad y sutileza tan vastas como la ambición destructora y reconstructora del mundo que lo anima. Desde entonces, todas las novelas se medirían con la marca que ella estableció, ni más ni menos como todo el teatro estaría siempre espiando a hurtadillas al de Shakespeare, piedra de toque de los escenarios.

Que fue y es una gran novela cómica y a la vez muy seria, que ella recrea en un mito sencillo la insoluble dialéctica entre lo real y lo ideal, que a la vez que pulverizaba las novelas de caballerías les rendía un soberbio homenaje, nos lo han explicado los críticos. Han dicho menos que, entre las muchas cosas que es, como todos los grandes paradigmas literarios, el Quijote es también una ficción sobre la ficción, sobre lo que ella es y la manera como opera en la vida, el servicio que presta y los estragos que puede causar. Este tema reaparece en todas las literaturas porque es un tema permanente en la vida de las gentes, y ningún novelista lo metabolizó con tanta astucia, de manera tan

seductora y tan clara, como lo hizo Cervantes, sin proponérselo ni saber que lo hacía, en una novela que él concibió, apenas, como una crítica a una moda literaria: las novelas de caballerías.

El origen de la ficción es muy simple, en un principio, aunque luego se vuelva complicado. Hombres y mujeres no están contentos con las vidas que viven, que se hallan siempre por debajo de sus anhelos y, como no se resignan a renunciar a esas vidas que no tienen, las viven en sueños; es decir, en los cuentos que se cuentan. La literatura es una rama de un árbol opulento: la ficción. Ese quehacer, inventarse y contarse historias para soportar mejor la historia que se vive, es antiquísimo como el lenguaje y sin duda se practicó desde que las primeras manifestaciones de una comunicación inteligente sustituyeron a los gruñidos y brinco del antropoide en la caverna primitiva. Allí debieron de escucharse, junto al fuego, las primeras ficciones, en la misma actitud reverencial con que, a lo largo de los milenios y a lo ancho de todas las

geografías, las escucharían los niños de bocas de las abuelas, las tribus convocadas en los claros del bosque por habladores y chamanes, los vecinos en las plazas de las aldeas cantadas por los cómicos de la legua, y los poderosos en los salones de las cortes y palacios recitadas por los troveros. Con la escritura, la ficción pasó al libro, que fijó lo que hasta entonces era un universo perecible de oralidad. La literatura estabilizó, dio permanencia a los mitos y prototipos cuajados en la ficción: gracias a ella, de un modo misterioso, esa vida alternativa, creada para llenar el abismo entre la realidad y los deseos sobre el cual se columpia la criatura humana, obtuvo derecho de ciudad y los fantasmas de la imaginación pasaron a formar parte de lo vivido, a ser, en palabras de Balzac, la historia privada de las naciones.

Una ficción es un entretenimiento sólo en segunda o tercera instancia, aunque, por supuesto, si también no es diversión y hechizo, ella no es nada. Una ficción es, primero, un acto de rebeldía contra

la vida real y, en segundo, un desagravio a quienes desasosiega el vivir en la prisión de un único destino, aquellos a los que solivianta esa “tentación de lo imposible” que, según Lamartine, hizo posible la creación de *Los Miserables* de Victor Hugo, y quieren salir de sus vidas y protagonizar otras, más ricas o más sórdidas, más puras o más terribles, que las que les tocó. Esta manera de explicar la ficción puede parecer truculenta, tratándose de lo que a simple vista no es más que el benigno pasatiempo de un señor que, en la noche, antes de que le vengan los bostezos, perpetra el crimen de Raskolnikov y se duerme, o de la virtuosa señora que toma el té de las cinco cometiendo las travesuras de las damas de Bocaccio sin que se entere su marido. Pero, como nos muestra Alonso Quijano, la ficción es algo más complejo que una manera de no aburrirse: el transitorio alivio de una insatisfacción existencial, un sucedáneo para ese hambre de algo distinto a lo que ya somos y ya tenemos, que, paradójicamente, la ficción aplaca al mismo tiem-

po que exacerba. Porque esas vidas prestadas que son nuestras gracias a la ficción, en vez de curarnos de nuestros deseos, los aumentan y nos hacen más conscientes de lo poco que somos comparados con los seres extraordinarios que maquina el fantaseador agazapado en nuestro ser.

La ficción es testimonio y fuente de inconformidad, desacato del mundo tal como es, prueba irrefutable de que la realidad real, la vida vivida, están hechas apenas a la medida de lo que somos, no de lo que quisiéramos ser. Por eso debemos inventar unas vidas distintas. Esa vida ficticia, superpuesta a la otra, sobre todo cuando ella es sobresaliente, como en los tiempos en que Cervantes escribió su risueña epopeya, no es un síntoma de felicidad social, más bien de lo contrario. ¿Para qué necesitaría una sociedad procrear en su seno esas vidas paralelas, esas mentiras, si la que tiene le bastara, si las verdades de la existencia la colmaran? La aparición de una gran novela es siempre indicio de una rebeldía vital, articulada en la con-

figuración de un mundo ficticio, que, guardando el semblante del mundo real, en verdad cuestiona a éste y lo rechaza. Ésa es, tal vez, la explicación de la fortaleza con que Cervantes parece haber sobrellevado su difícil circunstancia: desquitándose de ella con un deicidio simbólico, reemplazando la realidad que lo maltrataba con el esplendor de la que, sacando fuerzas de sus decepciones, inventó para oponerle.

Combatir la realidad con la fantasía, que es lo que hacemos todos cuando contamos o fabricamos historias, es un juego entretenido mientras nos mantengamos lúcidos sobre las fronteras inquebrantables entre ficción y realidad. Cuando esa frontera se eclipsa y ambos órdenes se confunden, como ocurre en la mente de Alonso Quijano, el juego cede el lugar a la locura y puede tornarse tragedia. Ahora bien, aunque es evidente que el temerario manchego acomete un sinfín de disparates, pues actúa con una percepción de lo real esencialmente falsa, o, mejor, falseada por la ficción caba-

llesca, sus excentricidades no le han merecido nunca el desprecio de los lectores. Por el contrario, incluso para sus contemporáneos, que leyeron el libro riéndose a carcajadas y vieron en él sólo una novela cómica, el esmirriado manchego que arremete contra molinos de viento creyéndolos gigantes, toma la bacía de un barbero por el yelmo de Mambrino y ve castillos y palacios en las ventas del camino, apareció como un ser moralmente superior, empeñado en una aventura noble e idealista, aunque, a causa de la desbocada fantasía que enturbia su razón, todo le salga al revés. Desde un principio, los lectores se identifican con el Quijote, que ha sucumbido a la tentación de lo imposible tratando de vivir la ficción, y toman una distancia perdonavida del buen Sancho Panza, a quien, por su sentido común, por vivir amurallado dentro de lo posible, se ha convertido en encarnación de una deleznable forma de humanidad, la del hombre en el que la materia sofoca al espíritu y cuyo horizonte vital es mezquino de tanto pragmatismo.

Juzgando en frío, hay una gran injusticia en esta desigual valoración de la célebre pareja, al menos si la perspectiva del juicio se desplaza de lo individual a lo social. Pues, lo cierto es que esos rechazos del Quijote al mundo tal como es, provocan múltiples desaguizados, tropelías y aún catástrofes: destruyen bienes ajenos, ponen en libertad a peligrosos criminales, diezman rebaños, aterran o dejan tundidos y birlados a humildes aldeanos.

De otro lado, aunque el sesgo cómico que a menudo toman sus aventuras y los golpes y maltratos que suele recibir en ellas lo suavicen, hay un rasgo de su personalidad que, fuera de la órbita de la ficción, produce escalofríos: Don Quijote es un fanático. Tiene la visión unilateral de la vida del creyente dogmático, dueño absoluto de la verdad, incapaz de aprender de sus errores y de tener dudas, de aceptar que la razón y la inteligencia son a veces mejores instrumentos para comprender la realidad que la fe y la pasión. Él nunca se equivoca. Cuando Sancho trata de hacerle ver que los ene-

migos que atacó eran meros odres de vino, o un rebaño de cabras, o simples peregrinos o pastores, él apabulla a su escudero con denuestos. No, no ha sido así: los encantadores, como el sabio Frestón, trastornaron la realidad para hacerle daño y burlarlo. Estos hechiceros pueden perpetrar las más fantásticas mudanzas en el mundo real sin que por ello se vea afectada en lo más mínimo esa seguridad de estar en lo cierto y en lo justo que mueve al Quijote a embestir con su lanzón a los fantasmas con que va poblando el mundo su encabritada fantasía. El personaje nos hace reír, pero él carece por completo de sentido del humor, y, como todos los creyentes absolutos, es mortalmente serio. Su peripecia nos conmueve porque todo le sale mal y —sobre todo— porque lo que hace y padece ocurre allá, lejos de nosotros, en la ficción. El fanatismo del Quijote es anticipatorio y está embebido de una crítica frontal a los prejuicios que genera. Cervantes se las arregló para esbozar en su criatura no sólo la silueta de un provinciano hidalgo

nostálgico de los tiempos idos de los caballeros andantes, sino, también, un prototipo de aquella otra forma de locura perniciosa, de irrealidad mental, que era en su tiempo la de los inquisidores que quemaban infieles, había sido la de los cruzados que predicaron y practicaron la guerra santa, y sería, en el futuro, la de los jacobinos adoradores de la diosa Razón que quemarían iglesias y decapitarían a curas y monjas, la de los arios puros que exterminarían a las razas inferiores en los campos de concentración nazis y la de los comisarios que, en defensa de la ortodoxia ideológica, desaparecerían a millones de reales o supuestos disidentes en el Gulag siberiano.

Las empresas del Quijote sólo son simpáticas a sus lectores, de ninguna manera a esos pobres diablos que su fantasía convierte en encantadores, encantados o caballeros andantes y a los que trata a menudo de ensartar con su lanzón.

Sancho Panza, en cambio, al que la novela finge presentarnos como un chusco analfabe-

to que no parece tener en la vida horizonte más elevado que llenarse el estómago, aunque en lo individual aparece como un ser basto, materialista y tontón, desde el punto de vista social es un ciudadano mucho más respetuoso de la ley y del prójimo que su amo. No es culto, como éste, porque no ha aprendido a leer ni a escribir; pero está dotado de una inmensa sabiduría natural, perfeccionada en la dura escuela de la lucha por la supervivencia, que se vuelca en esa inagotable cantera de refranes, dichos y frases de la cultura popular a la que echa mano para explicar a su amo, y explicarse a sí mismo, las malandanzas a que se ve arrastrado por Don Quijote. A diferencia de éste, que nunca cambia, que, salvo al final de la historia, cuando recupera la razón, es siempre el mismo, un ser acorazado en sus convicciones incommovibles, Sancho Panza, pese a su ignorancia, es un espíritu abierto, al que la experiencia de la vida va transformando, al extremo de que el Sancho Panza que vemos en el dominio de los

duques haciendo las delicias de la duquesa con su locuacidad y su cazorra filosofía y gobernando con salomónica prudencia la ínsula Barataria, tiene poco que ver con el palurdo que era cuando Alonso Quijano lo embarcó en su aventura caballerescas. A diferencia de Don Quijote, Sancho se conforma con lo posible y, por eso, es más feliz, o, mejor dicho, menos infeliz que el Ingenioso Hidalgo, condenado a la infelicidad por su disidencia perpetua con el mundo tal como es. A su manera, Don Quijote, el disidente esencial, es un héroe; a la suya, el pragmático Sancho es el ciudadano ideal, cuya conducta garantiza el orden social, aunque no siempre la libertad ni el progreso. Si hubiera prevalecido el pragmatismo de Sancho, su comprensión cabal de las cosas de este mundo, el Quijote tendría, al final de la historia, los lomos menos magullados y su boca más dientes. Pero, entonces, no habría habido novela —o ella habría sido aburridísima— y la lengua y la literatura españolas serían menos fértiles de lo que son.

Ahora bien, Don Quijote, sin Sancho Panza, su escudero, queda trunco y, podríamos decir, sólo a medias existe. Su compañero de aventuras lo completa, y viceversa. No pueden ser más distintos. Aquél, enteco, largirucho, esquelético, devorado por una ilusión quemante que le niebla y a veces abole la realidad, y éste, achaparrado, panzón, materialista y pragmático hasta el hartazgo. ¿Por qué nos parecen inseparables, el anverso y el reverso de un solo ser? Porque, entrelazados, desaparece lo que hay en cada uno de ellos de caricatural y exagerado, y despunta la normalidad. Sancho Panza es el ancla sin la cual el Quijote escaparía a la ley de la gravedad y se elevaría hacia unas alturas tales que, al caer desde ellas a la realidad, se desharía, como los espejismos con la cercanía del observador. Gracias a Sancho, las quimeras y fantasías del Quijote tienen un contrapeso terrícola y racional que salvan al héroe de la desintegración. Y, gracias al Quijote, su escudero, quien, sin entender bien las locuras de éste, vive intrigado, fascinado y admira-

do por él, adquiere, pese a su empecinada vocación de sometido y ventral, un barniz de excéntrico y hasta un aura de espiritualidad. Por eso, al final de la segunda parte del Quijote, se produce ese extraño trasvase de vasos comunicantes: Sancho Panza, posesionado del apetito de irrealidad de su amo, urge a éste que se levante de su lecho, renuncie al realismo, y salgan juntos a protagonizar una nueva fantasía, esta vez no caballescica sino pastoril, en tanto que el Quijote, que ha recobrado la razón y renunciado al delirio imaginativo, se ha resignado a hacer suya la visión objetiva y conformista del mundo que era la de Sancho al comenzar la historia.

La visión ambigua, la visión compleja de lo humano, rasgo de las acciones del Quijote no sólo asoma en éste; también, en la estrecha dependencia mutua que en la desigual pareja forja la ficción.

Todo esto quiere decir, por lo menos, dos cosas. La primera, que en el Quijote no admiramos a un personaje real sino a un fantasma, a un ser de ficción, y lo que nos aleja de Sancho es que, a

diferencia de su amo, no se despegaba demasiado de nosotros. Por eso, su manera de actuar y ver las cosas no nos parecen las de un ser novelesco sino las de un mero mortal. Eso me lleva a la segunda conclusión: que la razón de ser de la ficción no es representar la realidad sino negarla, trasmutándola en una irrealidad que, cuando el novelista domina el arte de la prestidigitación verbal como Cervantes, se nos aparece como la realidad auténtica, cuando en verdad es su antítesis.

Ése es, acaso, el simbolismo del Quijote que mueve más íntimamente nuestra solidaridad hacia su desgarbada figura: él ha convertido en práctica cotidiana esa magia que el común de los mortales necesita también para rellenar los vacíos de la vida pero sólo practica a ratos, cuando sueña, lee o asiste a un espectáculo, es decir, cuando se desdobra, ayudado por la imaginación. El Quijote no se desdobra: sale de sí de verdad, cruza los límites prohibidos hacia los espejismos de la ficción, y ni los peores reveses consiguen regresarlo al mundo

real. Más que el contenido de su sueño o su tabla de valores, lo que en él es eterno es el hambre de ficción que lo carcome, tan avasallador que lo empuja a este enloquecido trueque: dejar de ser de carne y hueso para tornarse quimera, ilusión.

Es verdad que la empresa quijotesca —salir de la realidad propia para vivir la fantasía— ha dado tipos humanos excepcionales, gracias a cuyas insensateces el mundo ha progresado en el dominio del conocimiento y que sin ellos la vida sería mucho más gris de lo que es. El progreso científico, social, económico, cultural, se debe a soñadores temerarios como Alonso Quijano: sin ellos Europa no habría descubierto aún América, ni la imprenta, ni los derechos humanos y seguiríamos zapateando en la tierra como hacían los iroqueses para que cayera la lluvia sobre las cosechas. Pero también es cierto que el llamado de lo irreal, al aguijonear en hombres y mujeres el apetito de lo que no tienen ni tendrán, ha aumentado, considerablemente, la infelicidad humana. Se trata de un problema

insoluble, pues no hay una manera realista de que aquello que intenta el Quijote sea posible y lleguemos a vivir, simultáneamente, en la vida objetiva de la historia y en la subjetiva de la ficción.

Pero sí hay una manera figurada, y es la que pactan Cervantes y sus lectores, claro está. De ese contrato subconsciente que firman el novelista y su público para jugar a las mentiras depende la novela, género nacido a fin de completar las incompletas vidas de los mortales con aquellas raciones de heroísmo, pasión, inteligencia o terror, que añoran porque no las tienen, o no en las dosis que exige la imaginación, ese combustible por excelencia de la disidencia vital. Es verdad que la ficción es un paliativo fugaz para el desasosiego que surge de la toma de conciencia de nuestros confines, la imposibilidad en que nos hallamos de ser y hacer todo lo que nuestra fantasía y nuestros deseos reclaman. Pero, aún así, gracias a ella nuestras vidas se multiplican en un universo de sombras que, aunque frágiles y amasadas con una leve materia,

se incorporan a nuestras vidas, influyen en nuestros destinos y nos ayudan a solucionar el conflicto que resulta de esa extraña condición nuestra de tener un cuerpo condenado a una sola vida y unos apetitos que nos exigen otras mil. La manera como la literatura influye en la vida es misteriosa y todo lo que se diga al respecto debe tomarse con cautela. ¿Hizo la ficción más desdichado o más feliz a don Alonso Quijano? De un lado, lo puso contra el mundo, lo hizo estrellarse contra la terca realidad y perder todas las batallas. De otro ¿no vivió así más plenamente que sus congéneres? ¿Hubiera sido más envidiable su destino sin esa porfía suya en proyectar sobre la vida real las criaturas de su espíritu? ¿No hay, en su empresa insensata, algo que nos redime de la rutina, no nos hace vivir algo de todo aquello que no hicimos, ni fuimos, y hemos vivido añorando, soñándolo?

Por eso, si todos los seres humanos que recurren a las ficciones tienen por el Quijote una devoción particular, los que dedicamos nuestras

vidas a escribirlas, nos sentimos recónditamente afectados por su historia, que simboliza la que emprendemos cada vez que, enfrentados a la página en blanco con la fantasía y las palabras, lo emulamos en el afán de arraigar lo imaginario en lo cotidiano, la ilusión en la acción, el mito en la historia, y encontramos en su aventura aliciente para las nuestras.

Cervantes fue uno de los primeros escritores en describir, valiéndose de la literatura, la función que ésta tiene en la vida y la manera como vida y literatura, siendo esencialmente distintas, se complementan, se influyen y enriquecen y cómo a través de la ficción los seres humanos logran romper los límites en que viven encarcelados y multiplican sus destinos particulares. Alonso Quijano es la forma extrema y desquiciada que puede alcanzar esa constante búsqueda de vidas más ricas y variadas que llevan a cabo los seres humanos valiéndose de la ficción; él ha ido más lejos que el común de los lectores u oyentes de historias que van y vienen

del mundo real al de las fantasías literarias, escapando así de la rutina embrutecedora y el agobio de lo cotidiano. Contar es vivir más y mejor, y, el Quijote, una novela donde no sólo el autor, y Cide Hamete Benengeli, el supuesto redactor en árabe del manuscrito original que aquél no habría hecho sino adaptar y transcribir en español, cuentan; lo hacen también los personajes, trenzando una verdadera selva de historias, un mundo en el que la pasión relatora es ejercitada por casi todos los hombres y mujeres, que, de este modo, viven varias vidas a la vez: la real y la que sus relatos embellecen, exageran o deforman mediante la palabra. Se trata de una pasión contagiosa. En las primeras páginas, es el alucinado Alonso Quijano quien la manifiesta. Pero, luego, esa tendencia a proyectarse en un mundo de fantasía, contamina su entorno. Y así, por ejemplo, para traer de vuelta al Quijote a la aldea, el cura y el barbero inventan una historia, con la que colabora Dorotea, la mujer desechada por Fernando. Poco después, en

el capítulo XXIX, vemos a todos —cura, barbero, Sancho Panza, Dorotea, Cardenio— viviendo la ficción que han inventado, ni más ni menos que como hace el Quijote con el mundo de los caballeros andantes y los encantadores. Este proceso se intensifica y alcanza su cúspide en la segunda parte de la novela, durante la estancia de don Quijote y Sancho en los dominios de los misteriosos duques, quienes, seducidos por las aventuras del Ingenioso Hidalgo que han leído en la primera parte de la historia, montan una cadena de representaciones —la aventura de Clavileño, el caballo volador, el gobierno de Sancho en la ínsula Barataria— que mudan la vida en ficción. De este modo, aunque en las peripecias concretas que protagoniza, Don Quijote es siempre derrotado, de algún modo la novela lo desagravia, porque su delirante obsesión —convertir la realidad real en la realidad ficticia de las novelas caballerescas— logra abrirse camino hasta impregnar la vida entera, volviéndola teatro, literatura, invención.

En el ámbito de la lengua española, el *Quijote* es el libro paradigmático de la literatura, la novela que encarna, en el máximo grado de excelencia, esa vida imaginaria que, inspirada en la real pero distinta a ella en esencia, representa la ficción. ¿Por qué ciertos libros, como el *Quijote* o *La Divina Comedia*, o autores como Shakespeare y Goethe, llegan a convertirse en emblemas de una civilización?

La primera de las razones es lingüística. En el *Quijote* la lengua española alcanza un apogeo, luce, espectáculo fastuoso, sus formidables facultades expresivas, su diversidad y capacidad para expresar los estados y sentimientos más diversos, el humor, el drama, la ironía, para traducir en palabras los paisajes de la naturaleza exterior y de la intimidad, y mostrar, adjetivando o nombrando, los infinitos matices de la experiencia humana. En ciertas páginas del *Quijote* el español se vuelve música, en otras, ensueño, en otras fantasmagoría, y, a menudo, cruda y brutal realidad. Y, en buena

parte de la novela, juego, malabarismo intelectual. Hablar de un lenguaje en el *Quijote* es una simplificación falaz. Porque, en verdad, en sus páginas hay un abanico de lenguajes, distintos y, sin embargo, sólidamente unidos en sus raíces, como vástagos de un solo ser. Hay el lenguaje arcaico y engolado, artificioso, que emplea don Quijote de la Mancha, inspirado en el que los libros de caballerías atribuyen a los caballeros andantes —un lenguaje que en la novela de Cervantes se vuelve parodia y reverencia a la vez— y hay, en el otro extremo del arco, el popular y villano de Sancho Panza, pletórico de refranes y dichos secuestrados del habla callejera, de la gente del común, una lengua sabrosa, vital, pintoresca y efervescente. Y hay, asimismo, un lenguaje refinado, literario, trabajado con esmero y mucho menos personalizado que los del Quijote y su escudero, que es por lo general el que emplea Cervantes para narrar las historias autónomas incorporadas a la novela que expanden la historia de hidalgo manchego hacia el pasado histórico y ha-

cia otros mundos en aras de la imaginación, delatando su vocación universal. Y, sin embargo, pese a esa profusión de estilos, el lector del *Quijote* tiene siempre, leyendo la novela, la sensación de una unidad sin cesuras, de una lengua que es una sola, desplegando en esta historia sus metamorfosis gracias a la mano maestra que gobierna su frondosa naturaleza.

Desde luego, el poderío y la elegancia, la sutileza y la variedad de la prosa cervantina, que nos hechiza, arrulla y disemina en un mundo de ficción, es una de las razones por las que el *Quijote* es el libro símbolo del español. Pero hay otras obras clásicas extraordinarias en las que la lengua española muestra también sus poderes, como en los diálogos de *La Celestina*, o en los poemas de Góngora o de Quevedo, y esas obras, siendo geniales, nunca han cumplido la función paradigmática del *Quijote*. ¿Por qué? Porque el *Quijote* inmortalizó a una pareja, Sancho Panza y Don Quijote, con la que puede identificarse, e identifi-

car algo profundo y permanente, el lector de cualquier época y cultura.

Ese algo tiene que ver con la ambición desmesurada de la obra —ejemplo prístino de la novela total—, y con la convicción, sostenida por muchas generaciones de lectores, de que en las vicisitudes y los personajes de la novela de Cervantes ha quedado quintaesenciado el carácter de un pueblo, su idiosincrasia, sus rasgos prototípicos, sus valores, su destino particular, su vocación espiritual y, en suma, todo aquello que da a una sociedad una fisonomía propia. No importa que, sometida esta idea a un escrutinio científico, resulte falsa, ya que, por más cohesionada y soberana que haya sido y sea, ninguna comunidad humana es tan homogénea que pueda encarnarse de este modo en una sola obra, en un solo autor, aun si éste es tan caudaloso como Shakespeare. Pero eso no importa nada, pues no estamos hablando de un fenómeno objetivo, sino de un mito. El mito es una elección lenta y misteriosa que hace una colectividad de sus

modelos, íconos, prototipos y símbolos, extrayéndolos de las canteras del folclore, la religión y la literatura. Cuatro siglos de historia y decenas de generaciones de hispanohablantes hemos decidido que el *Quijote* nos expresa y representa, en lo que somos, en lo que hablamos, en lo que creamos y creemos, más intensa, bella y fielmente que ninguna otra creación literaria.

Eso dice tanto de nosotros, los hispanohablantes, como del *Quijote*. Para proseguir en esta indagación vale la pena despellejar la palabra que el personaje creado por Cervantes nos legó: qui-jotesco. El adjetivo acarrea nociones no necesariamente compatibles entre sí. Significa arrojado, extremoso, idealista, iluso, heroico. Pero, también, entrometido, falta de humor, en entredicho con la realidad. Así nos gustaría ser, por lo visto. Y quién se atrevería a negar que, tanto en España como en Iberoamérica, hemos dado, muchas veces en nuestra historia, pruebas flagrantes de falta de realismo, de ese divorcio con el mundo

objetivo, por exceso de idealidad, que caracteriza a Don Quijote.

¿Es esto un defecto o una virtud? Depende del cristal con que se le mire. Desde cierto punto de vista, embestir contra molinos de viento tomándolos por gigantes puede ser una empresa admirable, si vemos en ella el resultado de la insatisfacción que produce la chata realidad en un espíritu inconforme, la voluntad de enriquecer la vida, la resistencia de un ser rebelde a doblegarse a una forma pedestre de la existencia. Pero, también es posible definir aquella actitud como una enajenación profunda que impide juzgar cabalmente el mundo, percibir tal como es la circunstancia histórica, y, a la manera de los niños incapaces de discriminar entre lo real y lo irreal, a actuar de manera imprudente, irresponsable y catastrófica, provocando toda clase de estropicios en sí mismo y en el entorno social. En el *Quijote*, ambas contradictorias lecturas son inseparables, coinciden en una sola personalidad y, por eso, ésta resulta ambigua, es

decir, profundamente humana, ya que el rasgo más representativo de lo humano es la ambigüedad. A diferencia de los héroes caballerescos como el Amadís, Tristán de Leonís, o Esplindán, que tiene por modelos, figuras rectilíneas, de una sola pieza, sin matices, el *Quijote* es un ser escindido por una complejidad que hace de él un ser susceptible de interpretaciones contradictorias, como cualquier mortal de carne y hueso. Esta humanidad del personaje cervantino lo distancia abismalmente de sus congéneres caballerescos y le confiere su condición de primer héroe de la novela moderna.

Además de ambiguo, don Quijote es un ser libre, que practica la libertad en todos sus actos, sin importarle un bledo lo que en ello arriesga, convencido como está de que “La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre; por la libertad así como por la honra se puede y debe aventurar la vida, y, por el contrario, el cautiverio

es el mayor mal que puede venir a los hombres” (II, 58, págs. 984-985). Esta hermosa definición de la libertad es la de un individualista recalcitrante y un insolente libertario. El Quijote, a diferencia del respetuoso Sancho, temeroso de la autoridad y de las leyes, cree que la justicia en este mundo no es algo que deba administrar el Estado, entidad remota y abstracta de cuya existencia ni siquiera se ha percatado, sino obra de ciudadanos idealistas e íntegros, como él y su estirpe, la de los caballeros andantes, que se lanzan a los caminos “para el servicio de su república” y echan sobre sus hombros la tarea de “desfacer agravios, socorrer viudas, amparar doncellas” (II, IX, pág. 85), y defender a los menesterosos. Su idea de la justicia no está subordinada a una legislación laica o religiosa: obedece a una concepción soberana y personal, que él ejercita aunque ella lo ponga en vías de colisión con el orden establecido, como ocurre cuando, en nombre de su desaforado amor a la libertad, libera a doce delincuentes, entre los que se encuentra el

torvo Ginés de Pasamonte, condenados a ir a remar a las galeras del rey. La locura y el humor atenúan, pero no apagan, esa predisposición insumisa, desquiciadora y subversiva del orden establecido que alienta en la conducta del Quijote. Para bien y para mal, eso también nos representa y ha sido hasta ahora poco menos que una constante de la historia iberoamericana.

Las ideas y lecciones que se pueden aprovechar en las páginas de esa novela que cumple ahora cuatro siglos de edad son incontables. Pero, lo más hechicero y actual en ella sigue siendo esa pareja que cabalga por sus páginas, contrahecha, absurda, pintoresca, graciosa, tierna, emocionante, incansable, revelándonos, en cada una de sus peripecias, la maravillosa abundancia de la imaginación para recrear a la criatura humana

Lima, 18 de enero de 2005

II PARTE

ACTO DE INVESTIDURA
COMO ACADÉMICO DE HONOR
DE LA ASOCIACIÓN CULTURAL
“LOS ACADÉMICOS DE LA ARGAMASILLA”
DEL EXCMº Sr. D. MARIO VARGAS LLOSA

blanca

Intervención del Presidente de “Los Académicos”

A continuación se investirá como Académico de Honor de la Asociación Cultural “Los Académicos de la Argamasilla” al Excelentísimo señor don Mario Vargas Llosa.

Para ello, en primer lugar, doña Pilar Serrano de Menchén, Secretaria de la Asociación, leerá el Acuerdo y Acta de nombramiento.

blanca

Lectura del Acta por la Secretaria de la Asociación

ACUERDO Y ACTA DE NOMBRAMIENTO COMO ACADÉMICO DE HONOR DE LA A.C. “LOS ACADÉMICOS DE LA ARGAMASILLA” DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DON MARIO VARGAS LLOSA

En la cervantina, quijotesca y azoriniana villa de la Argamasilla de Alba, siendo las veintiuna horas del día veinticuatro de Septiembre de dos mil cinco, se reúne la Junta Directiva de la A.C. “Los Académicos de la Argamasilla”, la cual está compuesta por: D. Rodolfo Mateos Martínez, Presidente, D. José Díaz-Pintado Carretón, Vice-Presidente, D. José Andrés Márquez Díaz, Tesorero, y los Vocales: D. Lorenzo Menchén Madrigal, D. José Valverde Zarco, D. Andrés Ocaña Carretón, Dñ^a. M^a. José López Lara, D.

Obdulio Hilario Torres, y la que suscribe, Pilar Serrano de Menchén, Secretaria de la misma, con el fin de tratar el nombramiento como ACADÉMICO DE HONOR DE LA A.C. LOS ACADÉMICOS DE LA ARGAMASILLA DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DON MARIO VARGAS LLOSA, Premio Cervantes y Príncipe de Asturias, Miembro de la Real Academia Española de la Lengua y de su homónima en Perú, entre otras altas e insignes distinciones, y prolífico y extraordinario escritor, el cual basó su discurso de Ingreso en la Real Academia Española de la Lengua en un discurso titulado: “Las discretas ficciones de Azorín”, en el cual, no sólo elogió al autor de “La ruta de don Quijote”, sino que hizo referencia a nuestra Argamasilla en dos ocasiones, la primera, cuando trata del espacio geográfico de dicha obra, y la segunda, al hacer mención a los caballeros que frecuentaban el casino de Argamasilla. Discurso que tuvo la amabilidad de enviar dedicado a esta Asociación.

Basándonos en todo ello, así como en los extraordinarios méritos personales, literarios y

culturales que D. Mario Vargas Llosa posee, por unanimidad de toda la Junta Directiva, se acuerda nombrarlo “ACADÉMICO DE HONOR” de la A.C. Los Académicos de la Argamasilla, ya que a lo largo de su trayectoria humana, cultural y literaria ha quedado suficientemente demostrado, no sólo su amor al Quijote, cualidad o calidad imprescindible para recibir tal nombramiento, sino que él mismo es un Quijote lleno de magníficos y altos ideales; y además, que concurren en él méritos extraordinarios de disponibilidad y entrega generosa hacia la literatura, labor que está realizando continuamente y lo ha hecho durante lustros, alternando tan ingente trabajo con otras actividades culturales de índole y talla internacional.

Y estando todos los reunidos de acuerdo y unánimes a dicho nombramiento firman la presente Acta, siendo las veintitrés horas del día arriba señalado, de todo lo cual como Secretaria certifico.

blanca

Intervención del Presidente de la Asociación

Ruego la presencia en el estrado de los miembros de la Junta Directiva de la Asociación para ejercer de testigos de tan solemne Acto.

Señor Vargas Llosa, son muchas y muy importantes las distinciones y honores que habéis recibido, sin duda todas merecidas, probablemente será esta, la que le entreguemos hoy, la distinción más humilde de todas las que recibáis, pero os aseguro que tiene la fuerza de la sinceridad y del corazón.

Compartiremos tres dones:

LA ILUSION, arma certera para combatir el desánimo.

LA LIBERTAD, el bien máspreciado para el ser humano, de la cual es usted un ferviente defensor.

LA IMAGINACIÓN, poderosa fuerza a la que nadie le ha podido poner puertas y llave de los mejores sueños, pues a pesar de los cuatrocientos años transcurridos desde que el hidalgo cabalgara por estas tierras podemos comprobar, que sigue habiendo: Tuertos que enderezar, malandrines y encantadores que combatir, gigantes que vencer, menesterosos que socorrer y justicia que impartir. Siendo necesaria también en este tercer milenio la existencia de Caballeros y Damas andantes, que, con sus mejores armas, luchen para hacer un mundo mejor, y donde el Ideal alcance el equilibrio perfecto con lo Real.

Os invito a poner vuestra mano sobre El Quijote, titulado de Argamasilla, porque fue impreso en la Cueva de Medrano, para prestar juramento y poder proceder a vuestra investidura.

Ahora, ruego a tan esmerado auditorio, tengan la bondad de ponerse en pie.

Juramento del Excelentísimo Señor Don Mario Vargas Llosa

JURO POR MI CONCIENCIA Y HONOR
SER FIEL A LAS ENSEÑANAZAS
DE NUESTRO SEÑOR DON QUIJOTE
CUMPLIR FIELMENTE Y SIN DESMAYO
LAS LEYES DE LA CABALLERIA
ESCUCHAR SIN SOBRESALTOS EL
LADRAR DE CUANTOS PERROS ME
SALGAN AL CAMINO, LEVANTARME
UNA Y OTRA VEZ EN CUANTAS
OCASIONES SEA DERRIBADO DE
MI VOLADOR CLAVILEÑO, Y
DEFENDER LAS LEYENDAS Y
TRADICIONES MANCHEGAS,
DE LAS CUALES LA PRIMERA Y
PRINCIPAL ES QUE EN ESTA CASA
Y PRISIÓN DE MEDRANO,
ENGENDRÓ CERVANTES SU
INMORTAL OBRA
DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

ASÍ LO JURO.

blanca

Intervención del Presidente de la Asociación

En nombre de la Asociación Cultural “Los Académicos de la Argamasilla” en calidad de su Presidente, tengo a bien nombrar al Excelentísimo señor don Mario Vargas Llosa. “ACADÉMICO DE HONOR”

Y así por donde quiera que vayáis, pluma en ristre, paseando vuestro arte y saberes, deis cumplido testimonio de ser hombre más discreto, más amable y más hidalgo, defendiendo por todos los lugares donde llevéis vuestra palabra y vuestras letras, la cuna quijotesca de esta ilustre villa.

Que al hacerlo seáis feliz.

Así sea, así se cumpla y así quede escrito en el libro de la fama de nuestra asociación.

Ahora, seguidamente, el Presidente de nues-

tra Región, don José María Barreda, entregará al recién nombrado Académico de Honor un Quijote, símbolo del ideal caballeresco.

Asimismo, el Alcalde de Argamasilla, obsequiará a don Mario Vargas Llosa con un Yelmo, símbolo de la imaginación.

Y para que no se olvide del Lugar de la Mancha, nuestra Secretaria le entregará los Sonetos y Epitafios de los Académicos de la Argamasilla en una edición especial hecha manualmente.

Bienvenido a esta entrecomillada academia.

Para finalizar, si son tan amables, ruego a todos ustedes tomen asiento, pues aún hemos de oír las palabras que nos dirigirá nuestro Alcalde, D. José Díaz-Pintado Hilario, y tendrá lugar la Clausura del Acto por el Presidente de nuestra Comunidad, D. José M^a. Barreda Fontes.

Salutación del Alcalde de Argamasilla de Alba

Ilmo. Sr. D. José Díaz-Pintado Hilario

Excmo. Señor D. Mario Vargas Llosa.

Excmo. Señor Presidente de Castilla la Mancha,

Sr. Presidente y Sra. Secretaria de la Asociación Cultural “Los Académicos de la Argamasilla”.

Ilustres autoridades, amigas y amigos:

Permitidme que en primer lugar trasmita, en nombre de toda la corporación municipal y de todo el pueblo de Argamasilla de Alba, nuestra felicitación a D. Mario Vargas Llosa como Académico de Honor de la Asociación Cultural “Los Académicos de la Argamasilla”. Al tiempo que también quiero manifestarle nuestro más sincero y entrañable agradecimiento por el honor que nos hace al visitarnos y protagonizar este acontecimiento.

Digo “acontecimiento” porque para Argamasilla de Alba hoy no es un día cualquiera. Esta mañana hemos descubierto una placa conmemorativa de su visita en la fachada de la Rebotica de los Académicos. A partir de hoy, Mario Vargas Llosa, junto con Azorín y con Cervantes, estará permanentemente presente entre nosotros desde la plaza que lleva por nombre, precisamente, el de Alonso Quijano. Pero este día no solo quedará grabado en la placa conmemorativa. También quedará grabado en la memoria colectiva de nuestro pueblo como un día de celebración, de fiesta, y de emoción. Y todo eso, gracias a la presencia entre nosotros de tan ilustre visitante.

Y hablo de “emoción”, porque precisamente ese es el sentimiento que despierta en Argamasilla de Alba todo lo relacionado con don Quijote. Una emoción que se trasmite y se contagia de manera natural a todos los que nos visitan. Así lo manifestó Azorín, en su “Ruta del Quijote”. Así lo manifestó Rubén Darío en sus artículos en el diario bonae-

rense “La Nación”. Y así lo han manifestado tantos otros ilustres visitantes que se han acercado a Argamasilla de Alba a lo largo de la Historia. Emoción que espero hayamos sabido contagiar también a D. Mario Vargas Llosa, a su esposa y a los estimados amigos que le acompañan.

Permitidme que, como ejemplo de lo que digo, os lea un fragmento de “En busca del Quijote” del diplomático, conferenciante, ensayista y gran poeta chileno Carlos Sander. Obra prologada por Gregorio Prieto y en la que el autor narra la crónica del viaje que realizó por la Mancha hace 50 años. El texto aparece en el libro “Peregrinos por Argamasilla”:

“Yo me detengo un poco antes de ingresar a la villa. Yo estoy emocionado, antes de cruzar el umbral de la patria de Don Quijote. Yo siento temblores recónditos, porque voy a entrar a un pueblo que aunque vive en la discusión de los cervantistas, no se decide a dejar de ser emocionante escenario del gran quijotismo y del excelso cervantismo.

Porque poniéndonos en el caso de que todo no fuera sino una leyenda. ¿La leyenda no es a veces más importante que la historia y no avasalla la primera a la segunda casi siempre y por fortuna? Porque en la historia está la fecha, el año, el documento polvoriento, la abrumadora verdad, lo objetivo, el escudriñamiento y todo lo que conllevan estos extremos, pero también esos caminos pueden llevar con el hallazgo de la verdad al sinsabor, a la desilusión, a la pérdida de la esperanza y a la ruptura de la quimera. En cambio la leyenda es un elixir fastuoso que gusta paladear, que es para el paladar del artista y del poeta, que se desentiende de las fechas, de los años, de los legajos, que sólo busca la poesía y que cree en todo lo más increíble, en las hadas, los gnomos, los sabios, como Merlín, a quien presintió Don Quijote en sus andanzas y en todo lo que sea menester creer para el beneficio del alma. Por eso yo tiemblo antes de entrar en Argamasilla de Alba”.

Efectivamente, Argamasilla de Alba no necesita pruebas documentales para alimentar el con-

vencimiento de que don Quijote y Sancho son hijos suyos. La partida de nacimiento no la vamos a encontrar en ningún sitio. Pero del mismo modo que el bíblico Salomón dio muestras de su sabiduría solventando con justicia el pleito que le planteaban aquellas dos mujeres que se disputaban la maternidad de un niño, y lo zanjó sin necesidad de recurrir a las pruebas de ADN, basándose únicamente en la prueba más sólida y consistente, en la prueba del amor. Del mismo modo, Argamasilla de Alba también fundamenta su tradición de siglos en la misma prueba, la prueba del amor.

Ese amor es el que ha motivado que el pueblo entero, durante siglos, mantenga y alimente la sagrada tradición de ser la patria del Quijote y que participe y se comprometa de manera entusiasta en la celebración de este IV Centenario. Celebración que tiene no sólo carácter institucional sino, y sobre todo, carácter popular. Porque el Quijote precisamente tiene vocación de obra universal y es patrimonio de todos los ciudadanos.

Argamasilla de Alba, por su gran tradición cervantina, estaba obligada a celebrar este centenario con especial cariño y con especial intensidad. Creo que ha estado, que está, a la altura de lo que de ella se esperaba, gracias, como ya he dicho, a la colaboración, a la participación y al compromiso de todos sus ciudadanos a través de sus colectivos y asociaciones.

Un buen ejemplo lo tenemos en la Asociación Cultural “Los Académicos de la Argamasilla”, que tradicionalmente vienen desarrollando una enorme tarea en favor de la cultura de nuestra tierra, y que en este año se han superado a sí mismos. Y como buena muestra de ello tenemos la celebración de este acto. Es obligado, por tanto, que manifestemos nuestra felicitación y nuestro agradecimiento a “Los Académicos de la Argamasilla”, al tiempo que queremos animarles a que sigan con su importante tarea.

También es de justicia reconocer el apoyo que hemos recibido de otras instituciones provinciales

y regionales. Sin su ayuda y su colaboración no podríamos haber hecho realidad este Centenario tan intenso y tan extenso en actos y celebraciones de todo tipo. Y puesto que nuestro Presidente, José María Barreda, se encuentra entre nosotros una vez más, dándonos con su presencia testimonio del firme compromiso que tiene con la celebración de este IV Centenario en la región, permitidme que personalice en él nuestro reconocimiento y nuestro agradecimiento por su constante apoyo.

Y para terminar quiero agradecerlos a todos, amigas y amigos, vuestra presencia. Y reiterar nuestro agradecimiento y nuestra felicitación a D. Mario Vargas Llosa por aceptar este nombramiento de Miembro de Honor de los “Académicos de la Argamasilla” y manifestarle que, Argamasilla de Alba, siempre estará con los brazos fraternalmente abiertos esperando el momento en que decida volver a visitarnos. Muchas gracias.

blanca

CLAUSURA DEL ACTO

Excm^o. Sr. D. José María Barreda Fontes

Presidente de Castilla-La Mancha

Señor don Mario Vargas Llosa, académico de la Argamasilla entre otras muchas cosas, señor alcalde, señor presidente y señora secretaria de los Académicos de la Argamasilla, señores académicos, señoras y señores, paisanos.

No teman, la conferencia está dada y la ceremonia concluida. Pero sería tal vez una descortesía no decir algunas palabras de agradecimiento. Soy yo, querido presidente, el que tiene que agradecer la oportunidad que me habéis ofrecido de compartir con vosotros un momento verdaderamente extraordinario.

Para mí, seguramente para vosotros también, siempre habrá un lugar en mi memoria, de tal forma, que muchos años después seguiré recordando

aquella tarde en la que Argamasilla de Alba tuvo el privilegio de escuchar una magnífica conferencia de don Mario Vargas Llosa, con ocasión del IV Centenario de la primera edición de *El Quijote*. Son esas cosas que merecen la pena.

He disfrutado mucho, he tomado apuntes, he aprendido, como decía nuestro alcalde, ahora sabemos, todavía mejor, porque se produce esa especie de milagro difícilmente explicable, según el cual, cuatrocientos años después de una obra tiene todavía más vigencia incluso que la que tuviera en el momento de ser escrita.

Don Mario Vargas Llosa es un habitante del territorio de la Mancha. A Carlos Fuentes le gusta decir, que *“Son habitantes del territorio de la Mancha todos los que a uno y otro lado de la mar océano hablamos español”*.

Vargas Llosa por tanto no es un habitante cualquiera, es un habitante particularmente cualificado, porque en nuestro siglo, y en el siglo que

acaba de terminar, ha colaborado a poner nuestro idioma en una de las cimas más altas. Por eso le debemos estar agradecidos. Además, a partir de hoy, además de ser habitante del territorio de la Mancha, es paisano nuestro de Argamasilla de Alba y ya estaremos siempre unidos de una manera particularmente entrañable.

Quiero para terminar, enderezar un pequeño entuerto en el que me ha metido vuestro alcalde, no vaya a ser que haya malos entendidos. Es evidente que estamos ante un personaje de ficción, lo cual no quiere decir que sea mentira, don Quijote es de verdad —siguiendo con las ambigüedades que le gustaban a don Miguel—, pero es un personaje que nace del ingenio de don Miguel de Cervantes; por tanto no vamos a encontrar la partida de nacimiento en ninguna parroquia de Argamasilla ni de ningún otro pueblo, desde luego, pero si existiera esa partida de nacimiento yo sé en que parroquia la podríamos encontrar.

En cualquier caso sí es verdad lo que el propio Mario Vargas Llosa ha explicado, y además no ha necesitado ni siquiera veinticuatro horas para comprenderlo, la pasión con la que se vive don Quijote y todo lo que se refiere a él en Argamasilla, tratándole como un vecino más.

Voy a referir lo que pasó hace unos meses cuando vine a Argamasilla a otro acto y tomando un café en el bar de la entrada —como días antes se habían publicado unos estudios haciendo disquisiciones acerca del lugar de la Mancha por antonomasia y cual era el origen de don Quijote—, unos trabajadores, era muy de madrugada, trabajadores del campo y transportistas me dijeron: señor presidente, a ver si nos van a fastidiar ahora, porque el Quijote es de Argamasilla. Y me pareció absolutamente enternecedor, algo entrañable, porque es así como se vive en Argamasilla todo lo que se refiere al Quijote.

Pero en fin, muchísimas gracias a los académicos por haber tenido el acierto de nombrar a

Mario Vargas Llosa uno de los suyos, por haber organizado esta sesión tan apasionante, tan interesante en la que hemos aprendido tanto.

Muchas gracias al alcalde y a todos los asistentes por su amabilidad y por la hospitalidad que siempre demostráis, y muchas gracias a Mario Vargas Llosa por escribir como escribe y por hablar como habla. Muchas gracias.

blanca

APÉNDICE FOTOGRÁFICO

APÉNDICE FOTOGRÁFICO



APÉNDICE FOTOGRÁFICO



Don Mario Vargas Llosa firma en el Libro de Honor de la Cueva de Medrano, en presencia del Presidente de la Región, don José M.ª. Barreda, de los Consejeros de Economía y Educación: doña M.ª. Luisa Araujo y don José Valverde, y Presidente y Secretaria de “Los Académicos”: don Rodolfo Mateos Martínez y doña Pilar Serrano de Menchén.

APÉNDICE FOTOGRÁFICO



APÉNDICE FOTOGRÁFICO



Mesa Presidencial del Acto de Inves-ti-dura como Académico de Honor de “Los Académicos de la Argamasilla” de don Mario Vargas Llosa.

APÉNDICE FOTOGRÁFICO



APÉNDICE FOTOGRÁFICO



Parte de las personalidades asistentes al Acto.

APÉNDICE FOTOGRÁFICO



APÉNDICE FOTOGRÁFICO



Don Mario Vargas Llosa recibe el título de “Académico de Honor” de manos del Presidente de “Los Académicos” don Rodolfo Mateos Martínez.

APÉNDICE FOTOGRÁFICO



APÉNDICE FOTOGRÁFICO



El Presidente de Castilla la Mancha, don José María Barreda, entrega al recién nombrado “Académico” un Quijote, símbolo del Ideal Caballeresco.





El Alcalde de Argamasilla, don José Díaz-Pintado Hilario, entrega al ya “Académico de la Argamasilla” un “yelmo”, símbolo de la imaginación.

APÉNDICE FOTOGRÁFICO



APÉNDICE FOTOGRÁFICO



Al finalizar el Acto, el Presidente de la Región, don José M^a. Barreda, don Mario Vargas Llosa y el Alcalde de Argamasilla, don José Díaz-Pintado, posan con los miembros de la Directiva de “Los Académicos”.

blanca

AGRADECIMIENTOS

A la Junta de Comunidades de Castilla la Mancha por su especial e intensa colaboración.

A la Universidad de Castilla la Mancha, foro y foco de Cultura, por su colaboración generosa.

A la Asociación ALTO GUADIANA MANCHA por su patrocinio económico y asesoramiento técnico.

Al Ayuntamiento de Argamasilla de Alba en general, a nuestro Alcalde y Concejales, y al Área de Cultura, Gabinete de Prensa, Policía, Servicio de Obras en particular.

A los miembros de la Directiva de los “Académicos” que han aportado lo mejor de sí mismos para que todo resultara según los planes previstos.

A todos los que han hecho posible que vivamos una Jornada memorable. Gracias.

blanca

ÍNDICE

Presentación del Excmo. Sr. Rector Mgfco. de la Universidad de Castilla-La Mancha D. Ernesto Martínez Ataz	7
--	---

I PARTE

LECCIÓN MAGISTRAL EXCM^o. SR. D. MARIO VARGAS LLOSA, ACADÉMICO DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA DE LA LENGUA

Apertura del Acto:

Palabras de saludo y bienvenida de D. Rodolfo Mateos Martínez, Presidente de la A.C. “Los Académicos de la Argamasilla”	19
Intervención de D ^{ña} . Pilar Serrano de Menchén, Secretaria de la Asociación.....	25
LECCIÓN MAGISTRAL: Excm ^o . Sr. D. Mario Vargas Llosa: “ <i>Los cuatro siglos del Quijote</i> ”	37

II PARTE

ACTO DE INVESTIDURA COMO ACADÉMICO DE HONOR DE LA A.C. “LOS ACADÉMICOS DE LA ARGAMASILLA” DEL EXCMº. SR. DON MARIO VARGAS LLOSA

Intervención del Presidente de “Los Académicos”	73
Acuerdo y Acta de Nombramiento como Académico de Honor de la A.C. “Los Académicos de la Argamasilla” del Excmº. Sr. D. Mario Vargas Llosa	75
Intervención del Presidente de la Asociación...	79
Juramento del Excmº. Sr. D. Mario Vargas Llosa	81
Intervención del Presidente de la Asociación...	83
Salutación del Alcalde de Argamasilla de Alba Ilmº. Sr. D. José Díaz Pintado Hilario	85
<i>Clausura del Acto:</i>	
Excmº. Sr. D. José Mª. Barreda Fontes, Presidente de la Junta de Comunidades de Castilla la Mancha	93
Apéndice fotográfico.....	99
Agradecimientos	115

blanca

blanca